

“L’ENFANT ET LA VIE FAMILIALE SOUS L’ANCIEN RÉGIME” DE PHILIPPE ARIÈS: Una entrevista sobre la historia de la infancia

Doi: 10.25100/hye.v18i59.12345

Artículo recibido: 05-07-2022 | Artículo aceptado: 03-08-2022

María Victoria Alzate Piedrahita

Profesora Facultad de Ciencias de la Educación. Maestría en Infancia
Universidad Tecnológica de Pereira-Colombia
Correo electrónico: mvictoria@utp.edu.co

Miguel Ángel Gómez Mendoza

Profesor Facultad de Ciencias de la Educación. Maestría en Infancia
Universidad Tecnológica de Pereira-Colombia
Correo electrónico: mgomez@utp.edu.co

Carol Shirley Moreno Olaya

Estudiante de maestría en infancia
Universidad Tecnológica de Pereira-Colombia
Correo electrónico: Carol.moreno@utp.edu.co

Forma de citar este artículo: Entrevista. María Victoria Alzate Piedrahita, Miguel Ángel Gómez Mendoza, Carol Shirley Moreno Olaya “L’enfant et la vie familiale sous l’ancien régime” de philippe ariès: una entrevista sobre la historia de la infancia.”. *Historia y Espacio*. Vol. 18. n°59 (2022): Páginas 205-222. Doi: 10.25100/hye.v18i58.11446



Esta obra está publicada bajo la licencia CC Reconocimiento- No Comercial - Compartir Igual 4.0

Nota de presentación

“Un libro tiene su propia vida, él escapa a su autor para pertenecer a un público que no es siempre aquel que el autor previó”, anotaba Philippe Ariès en el prefacio a la nueva edición de su obra *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime* (Le Seuil, 1973, primera versión en Plon 1960), traducida al español veintisiete años después como: Philippe Ariès (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus. Versión castellana de Naty García Guadilla.

206

En este contexto, el lector hispanoamericano dispone a continuación de la traducción al español de un documento que consideramos fundamental para la comprensión de la historia de la infancia y la historia de las mentalidades, a saber: **Jean-Bertrand**. Pontalis y François Gantheret. Entretien avec Philippe Ariès. En: *L'enfant*. Publié sous la direction de Jean-Bertrand Pontalis. Paris. Gallimard, 1979. pp. 19-40.

La traducción de este documento complementa de primera mano un trabajo de reseña y recepción de la obra de Philippe Ariès, publicado con el título “Philippe Ariès: nacimiento, posteridad y vigencia de un modelo de interpretación de la infancia”. Una revisión de la literatura historiográfica francófona». En: Alzate, M-V y Gómez, M.A. (Compiladores). *Pensar la infancia I*. Pereira-Colombia. Editorial Universidad Tecnológica de Pereira-Maestría en Infancia, 2020. pp. 127-139 (ver: <https://repositorio.utp.edu.co/items/b06fcf25-944f-4a38-b9c7-99a1ad543257>). Como anotábamos en el 2020, las tesis de la obra de Philippe Ariès: *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime* siguen siendo sugerentes y actuales. La obra de Ariès nos muestra cómo la infancia es una construcción social relativamente reciente, sus tesis han permitido dar un lugar al niño y a la niña en la historia y las Ciencias Sociales. Las tesis del historiador francés implican un estatuto de la infancia que no puede ser pensado por fuera de la escuela y la familia, precisamente, esta fue la parte que asumió Ariès como de larga duración histórica para analizar la forma como aumentó, de manera paulatina y potente, el sentimiento familiar, sin el cual no es posible comprender la profunda “mutación antropológica” que constituye el nacimiento del “niño del deseo”; tal como se afirmó años después con la revolución de las condiciones de la procreación.

Entrevista a Philippe Ariès¹

Jean-Bertrand Pontalis

François Gantheret

Jean Bertrand Pontalis – Su libro *L'enfant et la vie familiale sous L'Ancien Régime* es por lo general considerado como un libro “pionero”. Es el calificativo que se le da siempre, incluso bajo la pluma de quienes lo critican. Y, efectivamente, desde su publicación en 1960, los trabajos sobre la historia y la sociología de la educación, sobre la evolución de la familia, sobre la aparición, convertida en prolífica, de libros para los niños, etc., se han multiplicado.

207

De ahí, una primera pregunta: ¿cómo explica usted el hecho de que la curiosidad de los historiadores respecto al niño se haya manifestado tan tardíamente? El motivo de este largo silencio –o de su rechazo– ¿reside en nuestra dificultad de concebir al niño como *histórico*? *El niño, como el cuerpo, escapan a la historia. Estaríamos allí en el orden de la Naturaleza, de lo relativamente inmutable, de: “Siempre ha habido padres y niños” ...*

Philippe Ariès – Es por la vía de la educación que el niño es introducido en el mundo cambiante de la historia. El niño mismo, como usted lo dice, pertenece a la especie, él era un fenómeno biológico, una etapa del crecimiento. A cambio, la acción de los adultos sobre el niño podía, ella, variar, como varían las formas superiores de la vida en sociedad, es decir la Política. La política no ha sido neutra: ella ha sido buena, mala, valde bona, valde mala; la Historia permitía hacer el inventario de estos casos y sacar la lección. La Historia no se expande al mismo tiempo que la Política: la historia de la educación ha sido durante mucho tiempo la historia de la formación del ciudadano.

¹ Original en: J.-B. Pontalis y François Gantheret. “Entretien avec Philippe Ariès”. En: *L'enfant*. Publicado bajo la dirección de J.-B. Pontalis. Paris. Gallimard, 1979. pp. 19-40. (N. del T.). Esta publicación corresponde a uno de los productos elaborados en el marco de la ejecución del proyecto: “Philippe Ariès: nacimiento, posteridad y vigencia de un modelo histórico de interpretación de la infancia”. Código VIIIE 4-22-2. Con financiación. En proceso. Investigadora principal: profesora María Victoria Álzate Piedrahita. Coinvestigador: profesor Miguel Ángel Gómez Mendoza. Junio de 2022. Asistente de investigación: Carol Shirley Moreno Olaya, estudiante de maestría en infancia. Universidad Tecnológica de Pereira-Colombia

J.-B.P.- ¿Usted no ve una razón específica del olvido del niño por los historiadores? ¿Este sería ante todo un campo que habría sido descuidado?

P.A.- Un campo entero, el de la vida privada, y de este lado, de la frontera entre la biología y lo mental, que se creía inmóvil y que ha cambiado ya sea porque lo mental ha ganado sobre lo biológico, ya sea porque el contacto se hace de otra manera. No hubo más historia del viejo como del niño y, cosa curiosa, no hay aún hoy en día historia del viejo.

J.-B.P.- ¿Qué es lo que lo llevó a usted, en tanto historiador, a interesarse en el niño?

P.A.- Puedo decir que en el origen de mi evolución tuve el deseo de salir de la política, de la explicación del mundo y de la condición humana por causalidades políticas, o socio-políticas. Yo tenía, por lo demás, como muchos de mis contemporáneos, el sentimiento de que ciertas fuerzas nos parecían venir de otra parte. ¡Claro los novelistas ya lo habían comprendido desde hacía mucho tiempo!

Es una casualidad que me hizo abrir la puerta del mundo desde debajo de la política. A comienzos de los años 40, durante la Ocupación, se contaba que nuestra derrota se debía a nuestra demografía declinante. La relación de causalidad me había interesado porque era la primera vez o casi que yo veía un fenómeno político explicado por una razón que no era ni política, ni económica- o sociopolítica, ni político-religiosa...

Yo quise mirar de más cerca, y entonces olvidé por completo el punto de partida de mi indagación: descubrí que las estadísticas demográficas eran un lenguaje secreto que se debía decodificar: los hombres descubren lo que esconden sobre la vida y la muerte. Un mundo nuevo para mí, confundido hasta entonces entre los datos de la biología, de la psicología, energía de un no ser histórico, un mundo que se agitaba. La familia, la actitud frente al niño, el acto sexual mismo, me parecieron los parámetros de este cambio. Este fue el tema de mi libro: *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie* – del cual un capítulo se titulaba: “L’enfant dans la famille” – publicado en 1948–. Escribía entonces que había “dos tipos de familia, antes del niño y después del niño”. Y entonces, sin duda influenciado por los historiadores de la educación, de la pedagogía, relacioné la oposición de estos dos tipos de familia con la del Antiguo Régimen tradicional y de una modernidad que comenzó antes del Siglo de las Luces. Después de la publicación de este libro, tuve la idea de una historia del vestido. Suponía que el vestido podría también hablar un lenguaje, como las estadísticas

demográficas, y que se debía descubrir el sentido. Entonces me instalé en Gabinete de Estampas y allí examiné cuidadosamente las series de grabados. Sobre estos documentos, observé que los niños estaban vestidos como los adultos, y que ellos tenían un tipo de uniforme, un signo distintivo de su estado – y esto desde finales del siglo XVI, es decir mucho antes del Siglo de las Luces–. Tuve entonces la impresión de que pasaba algo alrededor del niño entre finales de la Edad Media y el Siglo de las Luces, que comenzaba a hacer del niño un ser aparte de los adultos, en oposición a otro tipo de sociedad, más antigua, donde la diferencia entre el niño y el adulto era débilmente experimentada. Quise conocer mucho mejor esta cuestión. Pero, de inmediato, la identidad del niño me apareció asociada en su lugar, en la familia, y al lugar de la familia en la sociedad. Y, aquí también, mi curiosidad se encontraba alerta. Pertenecía a un ambiente muy católico y tradicionalista donde se estaba convencido de la decadencia de la familia al menos desde la Revolución de 1789: el divorcio, el debilitamiento de la autoridad paterna, etc. Ahora bien, mi experiencia cotidiana me dejaba entender que esto no sucedía como mis padres lo creían. Esto merecía también que se observara de más cerca. Es todo este conjunto de observaciones que está en el origen de mi libro sobre la infancia y la vida familiar.

François Gantheret – Hay un punto que quisiera usted precisara: usted dice ser partidario de documentos que evocan, indirectamente, las cosas que no son dichas...

P.A.- Sí, yo estoy convencido que nadie dice las cosas profundas que siente. Entonces cuando las dice mediante un rodeo, por una alusión, debemos localizar estas alusiones, reconstituir los rodeos. Yo creo, y es cierto todavía, que nadie se expresa muy libremente sobre las cosas que le importan mucho. Entonces, lo dice, aun así, pero de una manera velada, codificada.

F.G.- Esta manera de investigación lo llevó a usted a aislar y evidenciar los fenómenos objetivos. Sin embargo, hay una noción que usted utiliza mucho: es la de sentimiento (sentimiento de la familia, sentimiento del niño). Yo quisiera que usted precisará el estatus, porque hay aquí un tinte subjetivo de una noción que pretende ser objetiva.

P.A.- Usted me pone en aprietos. No estaría bien utilizar hoy en día este vocabulario. ¿Pero, entonces, cuál escogería? A comienzos, espontáneamente, luego voluntariamente, busqué evitar las palabras que no fuesen aquellas del lenguaje común, pese a su polisemia: el lenguaje

de todo el mundo. Yo llamé al sentimiento de la infancia la actitud de los adultos frente a los niños.

F.G.- ¿Luego los contemporáneos no eran forzosamente conscientes?

P.A.- Los contemporáneos eran sin duda conscientes de sus deberes frente a la infancia, de lo que ellos debían hacer. Pero no eran conscientes de la evolución de su conducta. Esta ausencia de conciencia lentificó aún más el cambio. Hoy en día el conocimiento de nuestros cambios, gracias a la historia, a las ciencias humanas, actúa como un acelerador.

El período que estudié, del siglo XV al XVIII, es entonces aquel durante el cual, debido a una serie de pequeños cambios reiterados, se pasó de lo que yo llamé un sentimiento de infancia medieval al sentimiento actual. ¿Quizás hablaría hoy día de “modelo”?

J-B.P. No es ciertamente su recurso al lenguaje de todo el mundo el que suscitara mis reservas. Por el contrario... Pero la expresión del sentimiento de la infancia hace pensar en el “sentimiento de la naturaleza”. Ahora bien, la aparición del sentimiento de infancia, del sentimiento de la naturaleza, esto casi no me satisface: ¿antes del siglo XVIII, los hombres no asumían con placer las “ondas” y los “bosques”? Es una objeción que se le puede hacer a usted también respecto a la infancia. Acaso no estamos nosotros muy mal informados de lo que experimentaban efectivamente los padres con sus niños; usted no puede prejuiciar sobre lo que era su “vivencia” real.

P.A.- Debemos ponernos de acuerdo. Usted llega a mi tesis según la cual hay un “antes” y un “después” del niño –para hablar rápido y bruscamente–.

No es necesario hacerme decir que antes de la “invención del niño”, los padres no amaban a sus hijos, algunos lo han creído así. Cada prueba de amor maternal, como el encontrado triunfalmente por Le Roy Ladurie en Montaillou, me es devuelto como un desmentido. No obstante, yo insisto en pensar que la intensidad y la naturaleza de este sentimiento, las formas que él asumía, varían de una época a otra. ¡Nunca he querido decir que el amor maternal no existía antes del siglo XVIII!

J-B.P.- Usted, en efecto, no afirma nada de eso. Y no es sobre este punto al que se refiere mi interrogante. Entonces lo preciso. Usted se apoya ampliamente en su libro en la iconografía; usted dice que el niño no estaba representando o, cuando lo estaba, era como un adulto en reducción. Por tanto, en este mismo momento de la sociedad tradicional, el pequeño infante no estaba ausente de la iconografía: representación del Niño Jesús, representación del alma bajo la forma de un niño... Usted mismo es quien lo señala.

P.A.- Esta representación data de la segunda Edad Media. Es decir de los siglos XII y XIII. La confusión provendría del hecho que, en mi libro sobre el niño, no insistí lo suficiente sobre el carácter innovador de esta época. El niño estaba muy presente en la cultura romana, helenística, y él desaparece por el contrario en las culturas de la Antigüedad tardía y de la Alta Edad Media, pongamos del siglo IV-V al siglo XII...

J-B.P.- ¿Cómo el tema religioso del niño redentor puede coexistir con el desconocimiento del sentimiento de infancia?

211

P.A.- Este niño redentor es una criatura teológica. Es el niño de antiguos manuscritos, de iconoclastas orientales, un pequeño Dios, pero un Dios majestuoso. Él no tiene ninguna de las características de la infancia psíquica. Y como este Dios se digna tomar la forma del hombre – e incluso en lo más débil que este tiene, lo más humillante, casi en lo más odioso en el hombre: su infancia– él es simplemente miniaturizado. De esta manera se representa simultáneamente la majestad y la debilidad.

J-B.P.- Cuando se habla de los niños, se presentan las imágenes más contradictorias: estas son a la vez ángeles y demonios; ellas encarnan el lugar de la animalidad, y la verdad también supone salir de su boca; ellas figuran la pureza, la inocencia también, la perversidad. Esta contradicción sigue estando activa hoy en día: nosotros no podremos pensar sino en el niño. Pero vuelvo a mi cuestión: ¿cómo explicar la coexistencia de una ignorancia, incluso de un desprecio, de la infancia, y su extrema valorización que me parece, supone el tema de Dios niño? De un lado, encontramos en la escritura de los cristianos del siglo XVII proposiciones como las siguientes: “El niño es la vida de una bestia” (Bossuet), la infancia es el “estado más vil y abyecto de la naturaleza humana” (cardenal de Bérulle); de otro lado, tenemos la adoración del Niño Jesús por los Reyes magos, Jesús niño dándoles la lección a los doctores y Jesús adulto pidiendo que vengan a él los niños pequeños...

¿Usted no establece, de su parte, equivalencias entre el tema de Dios-niño (Dios asumiendo la forma de un niño) y el del niño-dios?

P.A.- Los textos más antiguos casi no expresan la ternura y menos aún la superioridad sentimental del niño, del niño-dios. No es la amabilidad del niño de Belén lo que llama la atención de los magos. Esta gentileza será hechura de los escultores del siglo XIII-XIV, de los pintores del XV. Para los magos, el hecho extraordinario es que ellos encuentran un pobre y un niño

en el lugar del rey que buscaban. Incluso el éxito de Jesús entre los doctores es que el niño habla como un doctor, mejor que ellos.

J-B.P.- Y este género de representaciones no está alejado de aquel que vehicula hoy en día el culto del niño y que hace decir que el adulto no mantendrá nunca las promesas del niño, como si “crecer” fuera siempre empobrecer. Y quizás no es por azar, dicho sea de paso, que François Dolto, especialista en niños –los niños aparentemente los más alejados del mundo adulto– escribió un libro sobre el Evangelio.

En resumen, tengo dificultades para concebir una sociedad donde la infancia, o mejor dicho, el estado de infancia, no evocará nada. A cambio, admito más fácilmente lo que hubiese por largo tiempo faltado, es la idea de individualidad del niño, como ser único e irremplazable. Pero debería enseguida agregar dos correctivos. El primero, el reconocimiento de la individualidad en general es tardío: ¿se encontraría en la sociedad medieval? Luego, en lo que tiene que ver con el niño, el peso de la realidad puede ampliamente explicar la indiferencia: mortalidad infantil considerable conjuntamente con una regulación de los nacimientos. Tanto que los niños son regularmente diezmos y renovados. Ellos son, por naturaleza, lo que se reemplaza. Pero lleguemos a otro aporte de su libro.

Usted muestra cómo en la sociedad tradicional, el niño apenas cumple un año, el del “mimar”, era mezclado con la vida de los adultos. Y no es sino a partir de la edad clásica, que la escuela va a sustituir lo que usted llama el aprendizaje. Usted habla al respecto –antes de Foucault– de un “proceso de encerramiento” y de un “aislamiento y un alejamiento de la razón” del niño. Este encerramiento no es una metáfora: se instituye el internado en los colegios.

P.A.- A decir verdad, no se le encerró fácilmente. Se necesitó tiempo y energía. Ante todo impresiona la lentitud de la evolución y las resistencias del estado de cosas anterior. Al mismo tiempo, la voluntad de poner a los niños aparte de la sociedad de adultos, me parece la manifestación de una nueva atención para con el niño y su futuro, de una profunda necesidad de preocupación por él.

J-B.P.- Usted hace aquí de la generalización de la escuela un fenómeno que apunta a responder de secundariamente a una preocupación por el niño. Pero esto lo que hace es desplazar el problema: ¿cómo entonces explica usted este interés por el cuidado del niño?

P.A.- No dispongo de una explicación y me reservaría avanzarla: puede ser que el tiempo de las grandes explicaciones haya pasado. Constató las correlaciones, algunas específicas, otras más generales. Por ejemplo, me parece que existe una correlación entre el sentimiento de infancia y el papel de la escuela –es decir de la cultura escrita–. No es azar si el niño tiene un espacio mayor en la cultura helenística, simultáneo con la paideia, si lo pierde en la Antigüedad tardía y en la Alta Edad Media, cuando la escuela y la escritura reculan en beneficio de la cultura oral, y si finalmente, a partir del siglo XII y XIII, el niño vuelve al mismo tiempo a la escuela.

Hace unos años, las escuelas “marxianas”, sino marxistas situaban en primer lugar los fenómenos socioeconómicos como motores principales de la historia. Yo estaría tentado a dar más importancia a las influencias más psicológicas que han sido descuidadas. No, lo confieso, no tengo la llave. ¿Pero acaso hay una llave?

Debo agregar que todo el mundo no está de acuerdo sobre la relación que establecí entre el reconocimiento del niño, la atención más grande y más sentimental acordada al niño –y la escolarización–. El historiador norteamericano Lawrence Stone admite el cambio que he constatado, pero él lo explica, antes que por la escolarización, por el hundimiento de la comunidad y del linaje, y por el crecimiento de la autoridad paterna. Este hereda las funciones de la comunidad tradicional. Para Stone, la escuela es por el contrario el efecto del desmantelamiento de la familia; toda una gran parte de las funciones de la familia fueron apartadas en beneficio de las instituciones políticas anónimas, como él dice.

J-B.P.- Usted conoce sin duda el reciente libro de Philippe Meyer, *L'enfant et la raison d'État*, él va en este mismo sentido.

P.A.- Sí, él aplica una tesis, en efecto, muy cercana al siglo XIX y XX, donde ella es verdadera, pero ella no lo es todo., en mi opinión, no en los siglos XVI y XVII –e incluso aún no en los medios burgueses o en vías de aburguesamiento del siglo XIX–. Del siglo XVI al XVIII, la escolarización fue deseada por los padres –sin que ella hubiese tenido tal amplitud–. Desde luego su voluntad coincidía con la de la Iglesia y la del Estado y se confundían con estas.

J-B.P.- Usted dijo hace un momento que con la escuela el niño tenía su mundo aparte: ¿No es más bien entregado a los pedagogos? No hay aquí un reconocimiento de su mundo.

P.A.- Yo no pienso que los adultos del siglo XVIII en general hayan reconocido a los niños un mundo para ellos. Rousseau solo fue asimilado mucho más tarde. Basta ver los libros escritos para los niños del siglo XVIII.

No, se quiso en primer lugar retirarlos de la promiscuidad de los adultos, entregándoselos a otros adultos, es verdad, y especialistas de la educación, a quienes los padres tenían mucha confianza para darles sus niños y delegarles a algunos sus poderes. Esto aparece desde el siglo XVI.

J-B.P.- ¿En este modelo, que implica una bipartición entre, de una parte, la escuela –el niño entregado a los especialistas– y, de otra parte, la familia como lugar de afecto, usted encuentra que hemos salido de él?

P.A.- No, para nada.

J-B.P.- ¿Esta especie de división de tareas incluso se habría acentuado?

P.A.- Sí, ella se ha acentuado durante los últimos treinta años. Es cuando la familia ha sido privada de su rol educador y orientador, en beneficio de la escuela y del Estado.

J-B.P.- Usted dejó entender hace un momento que la sociedad descrita en su libro era una sociedad de transición entre la sociedad tradicional y la sociedad moderna.

P.A.- Esta sociedad que nosotros llamamos moderna, que se instaló a finales del siglo XVIII, está en proceso de cambio a nuestra vista, en las costumbres y en particular la imagen de la infancia no es la misma. Yo he descubierto recientemente este cambio del cual no tengo dudas.

Mi libro sobre la infancia, lo preparé y escribí en un clima sentimental que databa del siglo XIX: el del niño-rey. “Cuando el niño aparece...” Luego dejé el tema de la infancia y la familia para ocuparme de otra cosa.

Sin embargo un día, fui invitado a la proyección de un filme sobre la infancia en el siglo XIX que había sido realizado por un equipo de estudiantes de pedagogía; incluso participé en una entrevista con Georges Synders.

El filme era bueno: buena elección de documentos, buena música. Y aun así, alguna cosa me molestaba que no lograba definir y que comprendí de repente: estos jóvenes habían concebido su filme en un medio moral y sentimental que no era el del niño-rey, sino del niño mártir y víctima. El niño –y la mujer–, reemplazaba al obrero en el papel de explotado, de adolorido de la sociedad capitalista. Entonces a la luz de esta revelación, descubrí todo tipo de señales, por lo demás, ambiguas: por ejemplo, el caso de los niños golpeados que no tiene el mismo sentido hoy que ayer.

J-B.P.- ¿Podría usted precisar este cambio de sentido?

P.A.- Los niños golpeados, hace unos veinte o treinta años, eran los niños del subproletariado, víctimas ya sea de la embriaguez, o del movimiento de la brutalidad primitiva. Era el resto de una humanidad residual en vías de desaparición.

Hoy en día, tengo la impresión de que los padres del cuarto mundo —lo que queda del subproletariado marginal sin ninguna posibilidad de asimilación—, están por el contrario (por lo menos las madres) profundamente atados a sus innumbrables niños; ellos los defienden contra los trabajadores sociales, los jueces de niños que quieren retirárselos. Si un día de borrachera, ellos tienen la mano muy pesada, pueden causar daño. Pero hay otros padres golpeadores, reclutados de otras clases sociales y todo sucede como si hoy en día cada uno pudiera convertirse en un temido golpeador de niños. En Inglaterra, existen asociaciones de padres golpeadores, como hay asociaciones de antiguos drogadictos, de antiguos alcohólicos que se reúnen para ayudarse a no volver a recaer.

Recientemente, hubo en la televisión un programa sobre los niños golpeados, durante el cual, una mujer llamó por teléfono para decir que ella tenía unas ganas locas de golpear a sus niños, que ella gritaba ayuda para que se lo impidieran. Parecería que su intervención —que había conmovido a los especialistas del plató televisivo— provocó una cantidad de llamadas telefónicas de telespectadores enloquecidos, demandando: ¿qué es lo que se puede hacer?

J-B.P.- También hay algo relevante del niño golpeado físicamente, es la idea de que el niño es una víctima —por mimado que él sea realmente—. Él sería, necesariamente, víctima de los padres psíquicamente hablando. Asistimos hoy en día a un cuestionamiento creciente del adulto, del padre, de la madre. Hay un regreso a la idea, que creíamos por lo tanto abandonada, del niño fundamentalmente inocente que no puede ser víctima y sacrificado, un chivo expiatorio de la violencia de los adultos. Se asesina un niño...

P.A.- Es porque la idea del niño víctima repercute en el pasado. La película de los jóvenes pedagogos de quienes hablaba hace un momento, mostraba toda la sevicia sufrida por el niño del siglo XIX, en la fábrica, en la escuela, en la casa, incluso en el castillo de la feroz y sádica madame Ségur.

Un historiador psicoanalista norteamericano, Lloyd de Mause, publicó un gran libro: *History of Childhood*², en el cual, él y sus colaboradores muestran que los adultos no han terminado de ensañarse en los niños, de matarlos y torturarlos, de sodomizarlos, hasta la llegada del psicoanálisis, con una corta tregua durante el tiempo del Siglo de las Luces.

Médicos, psiquiatras, psicólogos, trabajadores sociales, contribuyen a extender la idea de que el niño está amenazado por una sociedad hostil. Se diría incluso que ellos quisieran deshacerse de este odio sordo, que ellos sienten alrededor de los niños (¿y en el fondo de ellos?) proyectándose en el pasado.

J-B.P.- El discurso, no solamente discurso oficial, y las instituciones implicadas van en el sentido de una creciente defensa de los derechos de la infancia –lo que vuelve a limitar el abuso del poder de la familia–. Asumir la infancia desde el nacimiento: puericultura, escuela de padres, guardería infantil cada vez más precoz, institución de vigilancia como la familia, etc.

P.A.- Es el siglo XIX que continúa, que se acentúa.

J-B.P.- Tanto más cuanto la escolarización prolongada está acompañada de un “escalamiento”: se diferencian cada vez más clases según la edad, casi de 6 meses a 6 meses. ¿Dónde ve usted la hostilidad en esta práctica social aparentemente preocupada por el niño?

P.A.- No es en la práctica social y estatal que creo reconocer. Esta continúa siendo fiel a la tradición del siglo XIX, sin duda, incluso más antigua, una herencia de la Iglesia medieval. La hostilidad aparece en las costumbres, vergonzosa en otros lugares, camuflada.

Si no la hostilidad, por lo menos la molestia. El índice más claro es la caída actual de la tasa de fecundidad. Hay una considerable diferencia entre la disminución de la natalidad del siglo XIX y comienzos del XX y la de hoy en día. La primera fue una consecuencia de la preocupación por los niños. Se invierte mucho en pocas cabezas con una finalidad de eficacia. Esto ya no es verdad hoy en día; si queremos un niño, no es para convertirlo en un ingeniero politécnico. Hoy el número de niños no solamente se reduce. Ese mismo niño es con alguna frecuencia rechazado, pero se piensa por lo menos en tenerlos luego, con la posibilidad de olvidar esta decisión en el trayecto –salvo si el deseo de la maternidad, reprimido, termina por prevalecer–.

² Ver: Lloyd de Mause (editor). *The History of childhood: The Untold Story of Child Abuse*. New York: Psychohistory Press, 1974- 450 p. En español: Lloyd de Mause. *Historia de la infancia*. Madrid: Alianza Universidad. 1994. Traducción de M. Dolores López. (N. del A.)

- F. G.- Es lo que me parece oír pero, y no solamente en una clase intelectual, sino también en una parte de parejas de medios relativamente modestos, es algo que tendría que ver con un sentimiento creciente de responsabilidad y de un pesimismo sobre la evolución social.
- P.A.- Estas parejas son las que dicen: “No queremos tener hijos en un mundo que está en riesgo de desaparecer por la bomba atómica”. Otros hablan de la contaminación, de la tristeza de vivir, ayer de la guerra de Argelia, ahora del desempleo. Y las parejas son sinceras cuando hablan de esta manera. Pero lo que dicen no es verdad. Ellas experimentan como pueden, con las palabras que les proponen los medios de comunicación, algo visceral, que perciben mal, que las moviliza.
- F. G.- ¿Cuáles son los índices que lo hacen dudar no de la sinceridad, sino de la verdad de esta clase de declaraciones?
- P.A.- En este ámbito, nunca nadie dice las verdaderas razones, en primer lugar, porque no las conocen. Sin embargo, los individuos sienten como una fuerza profunda, y están tentados de explicarla, relacionándola con los acontecimientos claros fácilmente reconocibles, esto es anécdotas, de su vida pública y privada. Pero siempre se equivocan. No hay una medida común entre las fuerzas que actúan en la noche de larga duración y los acontecimientos de corta duración. Es esta noche de larga duración que los historiadores de las mentalidades intentan explorar, –y las motivaciones aparecen diferentes– y nunca sus móviles son bien percibidos por aquellos que las sienten. Es una representación del niño la que se halla en el origen del maltusianismo del siglo XIX y comienzos del XX. Es otra representación del niño la que parece orientar el maltusianismo contemporáneo.
- J-B.P.- ¿Según usted, la actual disminución de la natalidad debería ante todo asociarse a lo que usted hablaba hace un momento, la hostilidad hacia la infancia?
- P. A.- Hostilidad o distancia, o molestia, o desazón. El adulto de hoy en día actúa como si él ya no supiera más comportarse frente al niño o al joven. Estos lo intimidan. También vemos reaparecer, bajo otra forma, la vieja expresión “ni niño ni perro” del siglo XIX, que, en realidad, se dirigía a los niños del pueblo, ¡reputados como malos alumnos! En las localidades de ancianos (ricos) de Florida y de California están prohibidos los niños: estos no pueden permanecer allí, sin que les genere problemas a los herederos de los viejos, cuando estos tienen niños.

No es entonces extraño en los Estados Unidos ver la prohibición en los almacenes de la entrada a niños sin compañía de adultos. Los apartamentos de ciertos inmuebles colectivos están reservados para familias que no tienen más de dos niños.

Aún más extraño: la tradición dice que el día de Halloween, el primero de noviembre, los niños van de puerta en puerta, en la calle, y que se les dan caramelos, confites... Y bien, a finales de octubre, los diarios están llenos de recomendaciones a los padres para que los niños no coman las golosinas que les dan. Los niños corren el riesgo de caer en la trampa, y una foto muestra un clavo oculto en un caramelo, una cuchilla de afeitar en una manzana.

O es el adulto quien es víctima del niño, o es el niño quién es víctima del adulto.

En las sociedades tradicionales, aún en el siglo XIX, pese a los progresos de encerramiento de la escuela, los niños no vivían nunca lejos de los niños, ni de la naturaleza. Hoy en día sucede a menudo que se ignoran y ya no se ven más: sus horarios no son más los de sus distracciones. En Norteamérica, crecen los *breakfast*, en la mañana, y es casi el final de la jornada. Un hombre y una mujer pueden perfectamente llegar a los veinte años sin haber visto muertos ni bebés. A los bebés, ellos no saben entonces para qué fin se les asume, y su torpeza irritante puede ser también la causa de las repentinas brutalidades.

F.G.- Ahora hace veinte años, yo era un joven profesor en un liceo de Sceaux. Hubo entonces un escándalo. Un grupo de alumnos de grado 6³ había armado un jaleo en la calle (fue el 1 de abril) a una valiente ama de casa, le habían levantado la falta y le fijaron en sus bragas una figura de pez⁴ de día de los santos inocentes. ¡Era inconcebible! ¡Los alumnos de 6...! Hoy en día los grupos de niños de doce años...

³ En el sistema educativo francés el “6ème” del “Collège” corresponde al grado quinto de la Educación básica secundaria colombiana. Ver: sistema educativo francés cuadro de equivalencias con el colombiano: <https://www.lfbogota.com/es/establecimiento/presentacion/sistema-educativo-frances/#:~:text=El%20Colegio&text=Siguen%204%20a%C3%B1os%20de%20escolaridad,de%20trabajo%20de%20la%20Secundaria> consulta 15-06-2022). (N. del T.).

⁴ Conocido como el «poisson d’Avril»-pescado de Abril, en esta jornada, los niños pegan peces de papel en la espalda de los otros, los adultos se gastan bromas y algunos medios de comunicación emiten noticias irreales, para el disgusto de sus más inocentes seguidores (ver: <https://costazuldigital.com/pescado-de-abril-el-dia-inocentadas-francia/> consulta 15-06-2022). (N. del T.).

P.A.- ¡Ellos harían mucho más! ¡Ellos le quitarían los calzones a la pobre mujer!

F.G.- Hay en consecuencia un aspecto cada vez más precoz de un universo de violencia que estaba, no hace mucho tiempo, en los malos jóvenes adolescentes.

P.A.- Me pregunto justamente si la violencia de nuestro tiempo proviene en gran parte del hecho de que la creímos desaparecida, debilitada. Nuestra sociedad es una sociedad sin violencia: los conflictos no se regulan más con puños o espadas.

Las sociedades del Antiguo Régimen eran sociedades de violencia. Se peleaba mucho. Bastantes tensiones se resolvían mediante la lucha, física o verbal –o solamente la verbal–. La violencia persistía más allá del recurso a la justicia, gracias a los castigos corporales, públicos y admitidos: azotes, picota. También los hombres de estos tiempos –y las mujeres! E incluso ¡los mismos niños! – conocían sus fuerzas y las sabían dosificar. Este conocimiento duró por mucho tiempo, todo el tiempo de la “bofetada”. Los niños del siglo XIX no eran siempre “golpeados como yeso⁵”, azotados hasta sangrar, pero eran alumnos abofeteados en casa –de abofeteo y golpes de regla en los dedos en la escuela–. Sin duda, no había radiografías para revelar los efectos de este uso permisivo de la bofetada. No parece que se morían. Los jóvenes padres de hoy no han vivido una sociedad del cuerpo a cuerpo, ellos no tienen la experiencia de sus fuerzas y, cuando les llega un niño, pueden matarlo una noche cualquiera como se mata una mosca. El niño grita, y Dios sabe si taladra o exaspera el grito de un niño. En consecuencia, al final de algún tiempo, se pega por encima y sin medida, porque nunca se ha golpeado previamente a nadie.

J-B.P.- Si tantos padres dudan en dar una “bofetada”, ¿no es porque ellos tengan temor de implicarse en ir mucho más lejos, como si el “salvajismo” del niño –su carácter pulsional” – arriesgara despertar en ellos una violencia incontrolable?

P.A.- Conozco una historia inverosímil. Tenía un vecino cuyo uno de sus hijos era una especie de prodigio. Aprendió a leer solo. Debía para entonces tener alrededor de ocho años. Su padre coleccionaba armas, pero prudentemente. Él las desmontaba totalmente. El chico, un día cuando estaba solo, tuvo

⁵ “battus comme plâtre”, esta expresión hace referencia al trabajo de preparación y mezcla del yeso que se realizan los trabajadores (“maestros de obra”), en la construcción de edificaciones con el fin de obtener paredes blancas con una superficie lisa y suave. (En: <https://www.caminteresse.fr/culture/pourquoi-dit-on-battre-comme-platre-1195880/> Consulta 13-06-2022) (N. del T).

la inteligencia de cargar un revólver, luego se dirigió al balcón y se puso a disparar en el parque. Afortunadamente el chico era menos hábil como tirador que armador. ¡Usted juzgará sin embargo la emoción del jardinero que cortaba el césped, cuando se vio bañado en balas, como si fuera un tiro al blanco! Cuando el padre regresó a casa en la noche, el guardia avisó sobre lo sucedido. Si una cosa semejante me hubiera sucedido, yo hubiera recibido una paliza inolvidable; algo gigantesco, y mi penitencia hubiera durado al menos quince días.

Y bien, ¿usted no sabe que hizo mi joven vecino? Tomó al niño de la mano, lo llevó a donde su profesor con el fin de que el especialista, lo hiciera entrar en razón, o lo castigara, en fin, que hiciera lo que tenía que hacer, el padre no sabía ya más que hacer. En este caso, creo yo que él no quiso golpearlo por temor a golpearlo muy fuerte. El padre no golpea más porque él ya no sabe castigar ni golpear, él hiere o mata.

JBP. - Quedó un poco con ganas de saber más respecto a lo que usted dice de la hostilidad hacia el niño, de esta hostilidad que busca explicitar signos sociales manifiestos. Volvemos a encontrar nuestro punto de partida. En efecto, ¿usted ha dicho al comienzo de la entrevista que la ausencia del sentimiento de la infancia, usted solo la pudo percibir a partir de un “discurso indirecto”!

P.A.- Esto es.

J-B.P.- ¿Entonces cuál sería hoy en día en la colectividad y para un historiador, el discurso indirecto que vendría a contradecir el discurso directo, público, sobre la infancia?

P.A.- Y es todo lo que acabamos de decir. Se llega además a que los discursos directos e indirectos se mezclan y no es fácil diferenciarlos. Uno sirve al otro de coartada o simplemente de revelador. Es un poco el caso de las guarderías infantiles, claro que hay niños que la madre confía a la guardería infantil porque ella trabaja y no puede hacer otra cosa, pero sucede que las madres que no trabajan quisieran llevar allí a sus niños –ellas no lo pueden hacer la mayor parte del tiempo debido a la sobrecarga de las guarderías infantiles–. La madre dice que su niño vive con ella en la soledad de un apartamento sin vecindario, que el niño solo la ve a ella y a su vez ella solo lo ve a él. El niño la irrita, es verdad que este mano a mano tiene algo de intolerable. Nos descubrimos de un momento a otro, entrelazados en el mismo discurso, el de la psicóloga, del pedagogo, el discurso directo, y la molestia, la exasperación, el rechazo, lo indecible.

Soy muy consciente de la gran ambigüedad de esta especie de indicios. ¿Pero justamente, cuando la ambigüedad de los hechos sociales aumenta hasta este punto, no es más sino el signo de que el equilibrio obtenido corresponde a una época, durante un cierto tiempo, amenaza romperse y la sociedad busca un nuevo equilibrio, diferente del precedente? Todo sucede como si nuestra sociedad dejara de ser *child-oriented*, como lo había sido desde solamente el siglo XVIII. Esto no quiere decir que volvamos a las mentalidades que admitían o toleraban un infanticida menos vergonzoso. Esto significa que el niño está en proceso de perder un monopolio tardío y quizás exorbitante, que ellos vuelven a un espacio menos privilegiado para bien y para peor. Los siglos XVIII y XIX terminan ante nuestros propios ojos.

Post-scriptum

Corregía las pruebas de esta entrevista cuando leí en *Le Monde* (23 marzo de 1979) la siguiente información:

ABSOLUCIÓN POR INFANTICIDIO. En la tintorería de Saverne (Bas-Rhin) donde ella era empleada, la señora Michéle K..., con edad de veintidós años, había dado a luz, el 24 de abril de 1978, un niño no deseado de sexo masculino. Según su declaración posterior, el padre del niño era el jefe de la tintorería; ella tenía con él relaciones normales, e “involuntarias”. El bebé, nacido en un rincón vecino a la farmacia, murió inmediatamente, su madre lo mató golpeando en varias ocasiones su cabeza contra el suelo.

Casada, madre de otro niño –legítimo, este– La señora K...compareció el 20 de marzo frente al tribunal penal de Bas-Rhin. Ella explicó que no podía asumir ni psíquica ni moralmente el nacimiento de este niño. El abogado general había pedido una pena de prisión, combinada, parcialmente o no, de remisión condicional. El jurado pura y simplemente la absolvió.

No quedé del todo chocado con la absolución de la madre que mató a su hijo. Pero, sabiendo que los jurados del tribunal son muy sensibles a las corrientes de opinión, interpreté el veredicto como un indicador de mentalidades, y yo debo constatar que el infanticidio es aún juzgado muy friamente...un poco menos sin embargo (todavía) que en los tiempos de Augusto.

Philippe Ariès

